



Las fuerzas sociales del socialismo raizal de Fals Borda

Por Diego Jaramillo Salgado
Orientador en investigación de la Universidad
Autónoma Indígena Intercultural-UIIN).

Durante las décadas del sesenta y del setenta del siglo pasado fue predominante la discusión sobre el papel de los partidos políticos en la transformación social. En particular, sobre el carácter de la organización política. Tanto sobre si era el proletariado, la clase trabajadora, la que debía conducir el proceso, y la supeditación de las demás clases o sectores sociales a ella, como si la conciencia de la necesidad de ese cambio provenía o no de dicha forma partidaria. Debate que, en parte, fue académico, pero predominantemente político. Atravesó la acción de movimientos y organizaciones sociales de pueblos y ciudades, dejando múltiples experiencias y enseñanzas, y un terreno fértil para las urgencias de hoy.

El centro de la preocupación actual no es ese. Aunque salta a la vista la necesidad de seguir planteándonos qué tipo de organización política se requiere para construir la sociedad que queremos. Hoy el rol protagónico lo tienen los movimientos sociales y las diferentes formas de vida y de organización que crea el pueblo para enfrentar lo que lo empobrece e indigna y fortalecer las opciones que conduzcan a una nueva sociedad. Sin que ello anule la necesidad o no de la organización

política. Expresiones abordadas por Fals Borda como la fuerza vital que le permite sobrevivir a los pueblos y base necesaria para la construcción de otra sociedad diferente de la que predomina. Orientada, en su pensar, bajo los parámetros de un socialismo que provenga de las raíces culturales de sus vidas.

Eso explica que las búsquedas teóricas y políticas que hiciera para plantearse el socialismo raizal surgieran de su estudio de la historia nacional y latinoamericana y de su inserción en múltiples procesos de Colombia y América Latina. Así mismo, que los sujetos de la acción que los posibilitara, los encontrara en el devenir histórico y cultural de nuestras sociedades y no necesariamente en aprioris teóricos o históricos. Colocándose en la misma vía de uno de los pioneros de esta orientación: José Carlos Mariátegui. Quien, ubicado en el marxismo, lo definía con la argumentación de que el socialismo no podía ser “calco y copia” del que se produjera en Europa. Pues propugnaba por partir de las condiciones concretas en las que se fuera a realizar. En su caso, con énfasis en la realidad peruana, en la que el registro de un socialismo incaico le daba más fuerza a ese contenido.¹

Los protagonistas de la transformación de la sociedad los encuentra Fals Borda en la historia de los pueblos, y desde allí hace emerger los signos que la posibiliten. Pues en ellos halla elementos para construir lo que consideraba necesario para el país: “nuestro socialismo inicia su recorrido en la breñas, ciénagas y montes que nuestros indígenas explotaban en forma comunitaria”.² Correspondiéndose en esta dirección con el Amauta peruano. Sin embargo, en el caso de los procesos históricos colombianos, Fals no se centra estrictamente en la propuesta marxista, sin ignorarla, lo cual le permite escudriñar diferentes raíces que pudieran darle una nueva dimensión a una utopía social. Pues “la opción socialista se nutre de nuestra propia tradición”.³ Dentro de la cual la de las comunidades indígenas tiene mayor relevancia por haber sobrevivido, por medio de la resistencia, al intento de arrasamiento por parte de la hegemonía.

No es que las formas comunitarias indígenas, en cuanto tal, le definieran el contenido de su elaboración. Son más bien hitos ineludibles que van marcando señas históricas, desde lo popular, en función de estructurar otra forma de sociedad. Tampoco es el regreso a un indigenismo, ya superado. Al contrario, es la sedimentación de formas de vida y convivencia comunitarias dentro de un proyecto nuevo. A la vez, es la identificación de un sujeto social, soporte de cualquier proyecto societal que se quisiera emprender. Ratificado, en varios de sus análisis, por el protagonismo del movimiento indígena; no solamente en los largos siglos de resistencia, sino en sus dinámicas a partir de la fundación del CRIC en 1971 y de la ONIC en 1982.

Su recorrido, en efecto, lo lleva a identificar históricamente, luchas populares y dinámicas reivindicativas diferentes de las indígenas, como las de los movimientos de Los Comuneros de 1781, valorándola como una expresión popular que se anticipó a las luchas de independencia de la corona española. Proveniente de una confluencia entre campesinos, comerciantes, curas, intelectuales, y no pocos de la administración del virreinato. Tejedores de un mundo construido desde acá y no desde aquél que se cocinaba en Europa. Así se lo quiera ver como un eco lejano, demasiado lejano, de la ebullición del pueblo francés hacia su propia revolución. Enfatiza de ese proceso que lo “significativo fue la movilización humana” pues afianzaba los “valores primigenios” de comunidades campesinas e indígenas. El calor de la lucha possibilitaba la reiteración de la tradición y la valoración de la resistencia. “Son experiencias

acumulativas que los pueblos podrán recordar y revivir con esperanza”.⁴ Afianzando con ello una memoria histórica que las revivirá en cada proceso en que los pueblos vuelven sobre sí mismos para sacudirse del yugo de la dominación y rearmar los hitos que configuran la opción de una sociedad en que se pueda vivir con justicia y dignidad.

La formación de las Sociedades democráticas de la mitad el siglo XIX, y su fugaz participación en el poder con el general José María Melo, la registra como un levantamiento popular, mezclado ya con manifestaciones socialistas próximas al Liberalismo radical de la época, pero distanciadas de él al propiciar un ejercicio de gobierno y de vida económica más acordes con los intereses populares. Al distanciarse de las élites y de la oligarquía de ese momento histórico urdió un mensaje de su proclividad a favorecer los intereses populares.

Igual enseñanza pudo deducir del socialismo del siglo XIX, cuya difusión a través del periódico El Alacrán le anunciaban al país que otra forma de sociedad era posible. Haciéndose eco de varias de las revueltas de países europeos y apropiándose, así fuera en la superficie, de planteamientos teóricos y doctrinarios de las corrientes socialistas de la época. Aunque muy circunscrito a un sector de la intelectualidad capitalina y a algunos núcleos de artesanos, protagonistas de las luchas políticas en que actuaban. Quiérase o no, es la entrada al país de una corriente filosófica y política que con sus múltiples mutaciones recorrió el siglo veinte y aun hace parte de la lucha política e ideológica actual.

Así lo confirma Fals Borda al encontrar que un derrotero en su elaboración fueron los primeros grupos socialistas de la década del 20 del siglo pasado en relación con plantearse una opción socialista más abierta y de mayor participación popular como la que pregonaba Francisco de Heredia y el Partido Socialista Revolucionario (1926-1930). Orientación que marcaría un distanciamiento de lo que posteriormente se impusiera bajo la directriz estalinista de formación de un partido político comunista más cerrado, bajo la tutela de la vanguardia del proletariado. De todas maneras, el campo que abre en su análisis es más amplio que el simple registro de las organizaciones socialistas y comunistas que se acreditaron como tales. Pues, de lo que trata es de la fuerza interior que se va produciendo en la vida misma de los pueblos. Por eso aparece como un avance la crítica radical del liberalismo a la tutoría que la Iglesia Católica ejercía sobre la educación, la búsqueda de una independencia entre aquella y el Estado, y su concreción en parte en la reforma constitucional de la “Revolución en marcha” de 1936. Eso hace que

sea tan categórico al afirmar: “Pocas veces se registra en la historia de América Latina un élan tan impetuoso como el de la subversión socialista en Colombia. La labor pionera de Rafael Uribe Uribe, la constitución de células socialistas, comunistas y neo-liberales como grupos de referencia para obreros, estudiantes y campesinos, la difusión de las nuevas ideas entre el proletariado, el campesinado y el cuerpo estudiantil universitario, sumadas a la ineptitud de los gobiernos conservadores de la época, fueron abriendo cauce a la transformación del orden”.⁵

Capta, de esta forma, una ebullición de formas de organización de trabajadores, campesinos, indígenas y estudiantes. Unas veces movidos por las ideas socialistas; más, no pocas, por las de la oxigenación del liberalismo, en cuyo entrecruzamiento y la movilización popular se produjeron amagos de renovación o transformación cultural. Entre ellos el grupo “Los Nuevos”, con la revista que llevaba su nombre, lo mismo que aquella denominada “Universidad”, en las cuales se acentuó el debate ideológico. La UNIR de Gaitán de 1933, que profundizaba un ala radical del Partido Liberal, siempre presente en la historia de esa organización partidaria. El “Grupo marxista” (1933), dirigido por Nieto Arteta, Gerardo Molina y Diego Montaña Cuellar. Luego, en 1942 la Liga de Acción política dirigida por Antonio García, quien posteriormente hiciera lo propio con el Movimiento Socialista Colombiano, fundado en 1951.⁶ En fin, la sedimentación se haría interminable si siguiéramos los pasos recorridos por Fals Borda o los que se derivan de su orientación teórica o política. Signos que se acentuarían con el surgimiento de las guerrillas marxistas en la década del sesenta del siglo pasado, las cuales en su disímil formación introducirían otros elementos en la formación de los sujetos. Tanto por el tipo de imaginarios que produjeron sobre el Estado, la institucionalidad y el acceso al poder, como por las formas de organización y movilización que le sucedieron en la lucha política y popular hasta el presente.

El significado de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991 no podía estar por fuera de sus análisis en relación con la formación de los sujetos que le darán vida al nuevo país. Su misma conformación, de la cual fue uno de sus diputados, le permitió bases para corroborar el espectro de opciones que pueden converger en ese propósito. Sus resultados, mucho más. Pues encontraba en la definición del carácter pluriétnico y pluricultural del país un aliento para las múltiples expresiones de su geografía cultural. Si ya las fuerzas sociales de campesinos, cimarrones, indígenas, estudiantes y trabajadores se habían hecho sentir

a través de toda la historia nacional en procesos de resistencia y movilización popular, ahora se los legitimaba por la vía institucional de los mandatos constitucionales. En igual forma, los derechos fundamentales, aunados a los económicos y sociales, y colectivos y del medio ambiente, incentivarían expresiones sociales en claro proceso de afirmación. Entre ellos los ecologistas, los homosexuales y lésbicos, los de mujeres, etc. Todos ellos, dando contenido al proyecto de una utopía social. De allí que concluyera sobre la asamblea y su resultado: “Si se insiste en apocopar, resultó en un epítome de colombianidad, con los defectos y cualidades de las culturas y personalidades históricas de los pueblos, pues refleja la diversidad unitaria del país”.⁷ Planteamiento que se inscribe muy bien en lo que fue su propio devenir epistémico, al desentrañar las raíces del discurrir cultural de nuestro país.

A la ANC le antecedió la elección popular de alcaldes por la reforma constitucional de 1986. Mandato que le imprimió un giró considerable a la participación política y a la movilización social. Los partidos tradicionales profundizaron su crisis y los movimientos sociales y cívicos adquirieron mayor protagonismo. Que la nueva constitución ampliara la elección directa a la de los gobernadores y colocara como eje la democracia participativa, abría el camino hacia una mayor dinámica de pueblos comunidades y grupos sociales. La perspectiva de profundización de la democracia, teniendo como base la transformación estructural de la sociedad, no tenía que ser patrimonio de organizaciones clandestinas. Podía muy bien desprenderse de una interpretación más a fondo de lo que la propia constitución plantea. Quizás por ello, Fals Borda encontró en esta nueva carta política instrumentos que darían fuerzas a la pluralidad de sujetos sociales y, en cuanto tal, a la posibilidad de su confluencia en el socialismo raizal.

Movilización social y socialismo

Fals Borda aborda estos procesos tratando de decantar lo que de ellos posibilita la formación de un nuevo país. Sus libros *La Subversión en Colombia* y *La Insurgencia de las Provincias* son unas de tantas elaboraciones que le sucedieron a la *Historia Doble de la Costa y Campesinos de los Andes*, en los cuales recoge la voz y las prácticas de quienes hacen sociedad. En una perspectiva que no solamente da cuenta de las acciones colectivas de los sujetos sociales, movimientos sociales, comunidades y pueblos sino también de aquello que los habita y le da sentido a sus vidas.

“Porque todo proceso de cambio social se destaca en contradicciones estructurales histórica y culturalmente definidas. Así, elementos culturales despreciados usualmente en la acción política de las izquierdas, por considerarlos espontaneistas o desligados de la determinación económica, como la recreación, la música tradicional, el drama, el corto, el casete, la radio y los proyectos ilustrados deben jugarse a fondo para apoyar las acciones reivindicativas y revolucionarias”.⁸

Es decir, hay una crítica implícita al economicismo que predominaba mayoritariamente dentro de la izquierda marxista, y que, en cuanto tal, se introdujo en las luchas sociales, cerrando las opciones de construcción de movimientos de masa que efectivamente pusieran en crisis la hegemonía dominante. Pues no solamente generó exclusiones en términos de quienes podían ser protagonistas de la transformación social, relegó el suelo cultural y social en que los pueblos y comunidades dejaban las huellas propias de su cotidianidad. De esta crítica se derivaría la multiplicación de actores susceptibles de unirse en un as de fuerzas para la construcción de una nueva sociedad.

La crítica al economicismo llevaba implícita la reivindicación de que un nuevo proceso del socialismo tenía que ajustarse a lo que emerge desde las raíces de lo que llamaría “fundar la

nacionalidad”. Especificando que debía hacerse bajo principios bolivarianos y centrado en “los valores de nuestra tierra, en sus gentes y culturas, desarrollarlos de acuerdo con una nueva visión de superación social y económica, y luchar contra la alienación, la dependencia y la explotación que han impedido nuestra transformación social”.⁹ Si bien, entonces, hay un reconocimiento del significado de revoluciones como la rusa, la china y la albanesa, también hay un distanciamiento crítico, respecto de sus propios procesos y de su aplicabilidad o no a nuestros territorios. Hay principios socialistas experimentados en esos países que pueden ser un signo de opciones en el nuestro. Sin embargo, el totalitarismo de Estado, la monopolización de la acción política por parte de un partido y el intento de homogenización cultural e ideológica fueron prácticas que difícilmente podrían reivindicarse dentro de esta orientación. De allí que partir de nuestras propias raíces nacionales permite descubrir la fuerza social y popular que daría razón de ser a la formación de una nueva sociedad con claves socialistas.

La apuesta por un Estado Región, que pregonara muchas veces, hace parte de la nueva configuración de las fuerzas sociales. No se trata simplemente de un problema político y administrativo. En parte lo es. Sin embargo, la prevalencia de la región, del territorio, adquiere





sentido en cuanto existen por los seres humanos que los habitan, que les da vida. A su vez, estos estructuran elementos de cohesión, identidad y pertenencia, sin los cuales no podría dar cuerpo al proyecto de estado y de sociedad. “Se necesita que haya organizaciones activas de nueva estampa en las propias regiones y provincias que actúen como grupos de presión desde abajo, que alcancen un alto nivel de autonomía frente a las fuerzas políticas tradicionales representadas por el Estado central, las gobernaciones departamentales y los viejos partidos, sus caudillos y gamonales”.¹⁰ La construcción de territorio y su legitimidad se vuelven partes constitutivas del proceso, en cuanto las fuerzas sociales y culturales que las conforman. Sin las cuales una nueva sociedad sería imposible.

El llamado que él hace a la constitución de un nuevo pacto social y político desplaza cualquier noción de una vanguardia social que lo determine. Por ello plantea que se daría “entre los colombianos de todas las clases sociales, orígenes, convicciones y razas que tengan el interés y abriguen el compromiso de promover reformas profundas en nuestro país”.¹¹ De tal manera que dicha convergencia apuntaría a integrar o unificar los diferentes grupos sociales o sectores de la sociedad que consideren que el capitalismo debe ser superado por una sociedad en la que prevalezcan valores y principios que posibiliten mayores formas de igualdad y de reconocimiento.

De la misma manera, esta perspectiva conlleva un cambio en los métodos que conduzcan hacia esa transformación social. Allí sí que es cierto que hay un cuestionamiento radical al papel que los partidos leninistas habían adoptado en la historia política nacional. Su carácter autoritario y centralista circunscribía las decisiones que se suponía tenían implicaciones colectivas, a las que se tomaban desde un comité central que se las imponía a la base del partido y de esta al conjunto de los sectores sobre los cuales tenía influencia, o de la sociedad. Por ello afirmaba que “La forma de construir el partido es de la periferia al centro, y no en cenáculos centralistas; que deben promoverse organismos de contrapeso popular para evitar la claudicación, la traición y la corrupción en los líderes; que hay que fomentar el diálogo para buscar con flexibilidad salidas tácticas convenientes; que no se aparte a los intelectuales de la tarea de construcción del partido de los trabajadores; que se tomen en cuenta las realidades nacionales y no se caiga en la imitación servil de ideas de otros”.¹²


Argumento que luego adquirirá mayor contenido con la importancia que da a los movimientos sociales. Con lo cual pareciera relegar el papel de la organización política al encontrar en ellos formas de contrapoder, sin los vicios centralistas y burocráticos que acompañan a las organizaciones

partidarias. Cuestionados por la no continuidad, el localismo y ausencia de centralidad política. Aunque, “frente a los cuestionamientos sobre los alcances políticos de los movimientos sociales, en especial, el coyunturalismo y el localismo, Fals Borda plantea que la agudización de las contradicciones y la tendencia hacia la fragmentación social, en el marco del desarrollo histórico, social, económico y político de nuestras sociedades, se han encargado de demostrar lo contrario.¹³ Sin embargo, no renuncia a las organizaciones políticas en la conducción y organización de la lucha por el socialismo. Su propia experiencia lo confirma. La última en el Polo Democrático Alternativo le generó muchas esperanzas. Principalmente por el respaldo que obtuviera su candidato presidencial en 2006. Aun allí no cambia el carácter que le asigna a la organización política: “Por fortuna pertenecemos a un movimiento de bases sociales y regionales en el que no se acepta la imposición vertical ni se practican expulsiones contraproducentes ni castigos semejantes”.¹⁴ El desenlace posterior de esta organización le dejaría muchos sinsabores, más no el desencanto como para anular el empeño en luchar por una utopía posible.¹⁵

De estos planteamientos se puede concluir que aquello que le dio reconocimiento mundial en el campo educativo y de la investigación es incorporado al ejercicio de la práctica política. Pues si en la Investigación Acción Participativa se propiciaba la eliminación o el cuestionamiento de la relación entre sujeto y objeto como dos aspectos excluyentes, en la acción política el órgano partidario no se coloca por encima de la base social que le da sentido a su propia existencia. No es un ente con una conciencia preclara que ilumina a una base ignorante, la masa popular, colocándose por encima de ella. Al contrario, es el reconocimiento de lo que aporta la propia vida de los pueblos y comunidades sin los cuales sería imposible la transformación social.

Esta perspectiva tendría su correlato en los fines que le trazan al pacto social para la transformación del Estado y de la sociedad. Pues implica que “se descentralice y regionalice al Estado, mediante el reavivamiento del cabildo abierto, la Asamblea Comunal y barrial, el referéndum regional y veredal, la elección local de dignatarios revocables, la nación indígena con sus propias instituciones y prácticas, la autogestión y cogestión para el manejo de la producción industrial, campesina y urbana, la formación de cuadros, maestros y técnico propios; en fin, un pacto social que afirme y consolide el contrapoder popular”.

Los signos de la nueva sociedad están allí, en cuanto

dan contenido a lo que denominó socialismo raizal. Pues si bien tiene en cuenta lo que en el mundo se ha entendido como sociedad socialista, parte de lo que emerge desde abajo en la creatividad y esperanzas de los pueblos. A la vez, las fuerzas sociales que lo harán posible están desplegadas a lo largo y ancho del país a través de la organización y movilización social. A veces atomizadas, otras confluyendo en procesos que alientan la posibilidad de que otra sociedad es posible. 

NOTAS

1. Diego Jaramillo Salgado, *Mariátegui y su revaloración de la política*, Universidad del Cauca, Popayán, 2011, pp. 121-140.
2. Orlando Fals Borda, *El Socialismo que queremos: un nuevo pacto social y político en Colombia*, Fundación para el desarrollo de la Democracia “Antonio García”, Bogotá, 1982, p. 1.
3. *Ibíd.*, p. 3.
4. O. Fals Borda, *Posibilidad y necesidad de un socialismo autóctono en Colombia*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2003., pp. 6-7.
5. O. Fals Borda, *La subversión en Colombia*, Fica, Bogotá, 2008, p. 179.
6. Diego Jaramillo Salgado, *Satanización del comunismo y del socialismo en Colombia 1930-1953*, Universidad del Cauca, Popayán, 2007, pp. 210-246.
7. O. Fals Borda, “La Accidentada marcha hacia la democracia participativa en Colombia”, en Pablo González Casanova y Marcos Roitman Rosenmam (coordinadores), *La Democracia en América Latina. Actualidad y perspectivas*, La Jornada, México, 379.
8. O. Fals Borda, *El Socialismo que queremos*, op. cit., p. 20.
9. *Ibíd.*, p. 10.
10. O. Fals Borda (editor), *La Insurgencia de las provincias. Hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1988, p. 59.
11. O. Fals Borda, *El socialismo que queremos*, op. cit., p. 11.
12. *Ibíd.*, p. 7.
13. Rafael Rosero, “Orlando Fals Borda y el papel político de los movimientos sociales”, en Matilde Eljach (compiladora), *Fals Borda y la persistencia de las utopías*, Universidad del Cauca, Popayán, 2009, pp. 75-107.
14. O. Fals Borda, *Carta abierta al PDA*, Junio 3 de 2006.
15. O. Fals Borda, *El socialismo que queremos*, op. cit., pp. 11-12.